

CAPÍTULO VII

El juramento. — El bautismo. — La rifa. — El jefe Astucia.
El amo y el criado.

Acababan de dar en un pueblecito inmediato á la casa de Alejo la plegaria de las Animas, cuando reunidos con éste sus cuatro compañeros, en vano procuraban distraerlo jugando mahlilla de campo, pues inquieto, cada instante se paraba, se asomaba á la ventana, fijaba el oído y decía: — ¿Qué hará Lorenzo? ya me va poniendo en cuidado su tardanza: ¿si no habrá podido desprenderse de su casa? es tan amante de su padre, que es muy fácil que por no darle en qué sentir, prescindiera de cuanto hay: con razón se resistía con tanta prudencia; fui un necio en picar su amor propio. — Puede que le hayan entrado corvas, contestó uno de los concurrentes. — Eso no, repuso Alejo, es decidido y no tiene un pelo de cobarde. Hace tiempo que nos conocemos, y sin agravio de personas, es un verdadero charro, un amigo completo. — Sin embargo, dijo otro, cada uno es dueño de su miedo; y como nunca ha salido del tlecuitl, se habrá arrepentido. — Tampoco puedo figurarme eso, ese muchacho no conoce el miedo; y si no estuviera satisfecho de sus buenas cualidades, no me hubiera empeñado con vdes. para que fuera nuestro compañero; alguna cosa grave le habrá acontecido, adonde no ha llegado según me lo ofreció.

— Del dicho al hecho hay mucho trecho, prosiguió diciendo el tercero, habrá cambiado de resolución. — Sobre ese punto apostaría mi cabeza; es tan formal Lorenzo, que primero faltara la luz y quedáramos en horribles tinieblas, que él á su palabra. — Pues entonces, dijo el último, puede que le hayan puesto algunos obstáculos insuperables, se habrán atravesado algunas lágrimas; y si tal cosa ha sucedido, nada tiene de extraño que no

venga: mucho puede una lágrima de un padre en el corazón de un hijo amante. — Si Lorenzo le ha dicho á su padre que está comprometido, no hay que pensar en eso, porque ese viejo es tan honrado, que si ha visto flaquear al hijo, es capaz de traerlo él mismo á cumplir su ofrecimiento; quién sabe si habrá querido ir á dar vuelta por los colines, y al pasar el puerto le han dado su desconocida los Tecuanes que andan con el manco Rubio. Si dentro de media hora no parece, ensillamos y les vamos á hacer á esos bribones pegar la estampida. Ya se estaban disponiendo á mandar ensillar, cuando Pepe se aproximó á la ventana, y oyendo el ladrido lejano de algunos perros, dijo: Ya no te apures, charro, por ahí viene tu quita pesares, están ladrando los perros de Nicolás, y seguramente se vino atravesando los montes de Aganguero, á caer á Senguío, y atravesó el cerro del Encinal de Yereje; si tal camino ha traído, lo declaro buen conocedor del terreno.

Efectivamente, á los ocho ó diez minutos sonaron tres palmas en el zaguán, dadas con energía, corrió Alejo con una vela en la mano, lleno de alegría, á recorrer el cerrojo, mientras los demás con otra salieron al corredor á ver al recién llegado. Entró Lorenzo montado en un buen caballo, estirando otros dos enfrenados, precedido de su temible Sultán, que desde luego le dió una sacudida á uno de los escuincitos del rancho, y Simón, disponiéndose á coger los caballos. Desde que se presentó en el patio tan bien vestido y armado, se empezaron á prometer buenas esperanzas de su nuevo compañero: se apeó, entregó á Simón sus caballos, encargándole que llevara al Sultán para que no fuera á dejar el rancho sin boruca, abrazó á Alejo cordialmente, diciéndole: Aquí me tienes á tu lado, hermano, y á las órdenes de vdes., caballeros: buenas noches. Y se tocó el sombrero al dirigir la palabra á los demás. Correspondieron á su saludo, se dieron las manos y entraron á la sala.

— ¡Qué mal rato me has dado con tu tardanza, Lorenzo! ¿Qué te había sucedido? — Nada, hermano, sino que antes á las cinco de la tarde todavía pisaba yo por las inmediaciones de mi casa; á esas horas emprendí mi jornada, y cortando por esos maldecidos montes tan llenos de barrancas, no vine á dar resuello sino hasta la salida del Encinal de Yereje, no habiéndome

sido posible llegar aquí de una vez, porque uno de mis caballos se empezó á vaciar.

— ¿Sabes, Lorenzo, dijo Alejo mirándolo de arriba á bajo, que con ese traje de ranchero que llevas con soltura, tus pistolas al cinto, asomando la cacha de tu puñal en la doblez de la bota de campaña y sabiendo que tienes buena garra, me avergüenzo de estar á tu lado y parezco un sacristán?

— No te burles de mí, Alejo, contestó sonrojándose; pues estos señores que por primera vez he tenido el honor de saludar, creerán que soy algún perdonavidas. — No lo digo por eso; sino que efectivamente tu presencia infunde respeto, y desde luego se conoce que eres un verdadero charro, que hará más temible á la sociedad de los *Hermanos de la Hoja*; conque vamos al negocio: los señores que aquí miras presentes, son mis hermanos. Este es José López, criollo, de Paquisihuato, conocido por *Pepe el Diablo*. Este es José María Morales, de San Felipe del Obraje, y le llamamos *Chepe botas*, vecino de este otro que se llama Atanasio Garduño, y lo conocen por *Tacho Reniego*. Este es Juan Navarro, natural de Tepantitlán, cerca de Guadalupe, y se titula el *Tapatio*; y yo, que como sabes muy bien, soy de Tepustepec y me dicen *El Charro Acambareño*, en lugar de mi verdadero nombre que es Alejo Delgado. Ya te dí prontamente á conocer á todos, y me resta saber si vienes por fin determinado á pertenecer á nuestra corta sociedad: te dije que el habernos reunido nos ha librado de algunos lances, que hemos hecho intereses comunes, para trabajar y defenderlos con más vigor y fuerza, y que nuestro compromiso sólo se reduce á jurar y sostener, si necesario fuere con nuestra propia sangre, ser todos PARA UNO, UNO PARA TODOS, en todo el sentido de la palabra.

— Estoy resuelto, contestó Lorenzo; y más me anima tener el orgullo de ser compañero de todos vds.

— Corrientes, todos te admitiremos, pero no extrañes que hagamos una prueba. — La que gusten, respondió parándose. Entonces, dijo Pepe á sus compañeros á la vez que les hizo una seña muy significativa, le quitaremos sus pistolas. Y al instante todos se le abalanzaron, cual si fueran hambrientos lobos sobre su presa; al oír Lorenzo aquella amenaza, desenganchó al mo-

mento los trabucos y trató de cubrir su espalda, defendiéndolos vigorosamente. Ruda y tenaz fué la lucha, pero mucho más la resistencia; pues sirviéndole á Lorenzo sus fuerzas hercúleas, sólo á empellones se los quitaba de encima, llevándose ellos entre sus manos lo que podían agarrar, hasta que dejándolo casi en cueros y convencidos de su energía, pujanza y sobre todo sangre fría, dijo Pepe lleno de sudor y jadeando de fatiga: ¡Basta! A su voz todos se pararon; y Lorenzo, con toda la ropa hecha pedazos, con mucha tranquilidad volvió á engancharse los trabucos, se limpió la frente y cruzó de brazos sin hablar una palabra. Alejo se paró, y dirigiéndose á los demás, les preguntó: ¿Qué les parece mi recomendado? — Magnífico, contestaron á una voz. — ¿Se recibe en nuestra asociación, y estarán contentos con su compañía? — Está admitido, y á honor tendremos el ser sus hermanos.

— Gracias, caballeros, respondió Lorenzo, el honor será para este infeliz aguardentero, que su buena suerte le ha traído á juntarse con los hombres, y me llenaré de vanidad al considerarme su hermano, ofreciéndome gustoso á correr su misma suerte, á ser *todos para uno, uno para todos*; y por lo mismo rindo á sus plantas estas pistolas, que un momento de vanidad dieron origen á que entre sí lucháramos, y con paso firme puso en el suelo las pistolas.

Se paró Pepe, las alzó, y poniéndolas sobre la mesa, dijo: Perdona, hermano mío, si deseosos de calificar tu carácter, resignación, y pundonor, hemos despojádote de cuanto tenías; pero necesitábamos para recibirte estar satisfechos de ello, y al propio tiempo darte una corta idea de los continuos ataques que tendrás que sufrir: no dudamos que así como tenazmente has defendido tus pistolas, en un caso inesperado, defenderás también nuestros comunes intereses: ahora sigue otra demostración que á todos nos será satisfactoria. Te he despojado de tu puñal y hecho pedazos tus elegantes calzonerías, toma en cambio mi belduque y ponte estas otras, que guarnecidas, tenía destinadas como una insignificante muestra de amistad.

— Yo, dijo *Chepe botas*, le quité su sombrero, que no dejó de salir averiado; pero aquí está este otro que lo reemplaza; y le dió uno muy galoneado con sus toquillas y chapetas de valor.

— Yo, continuó diciendo el *Tapatio*, á pedazos lo despojé de su chaleco y mascada; aquí está éste que no se ha usado y esta mascada con un anillo, que por haber sido de mi madre, lo tengo en alguna estima y gustoso se lo endono.

— En cambio de tu chaqueta de paño fino, que no resistió muchos jalones, dijo *El Charro Acambareño*, hazme el favor de ponerte esta chamarra de venado, que aunque guarnecida de plata y de algún precio, nunca puede satisfacer á mis deseos de patentizarte mi amor y estimación.

— Yo, dijo al último *Tacho Reniego*, le hice trizas su camisa y calzoncillos, pero fué porque tenía empeño en que estas prendas fueran sustituidas con estas otras, con que mi novia me ha dado á conocer el mérito de sus manos. Y le presentó ambas piezas primorosamente trabajadas.

Atónito Lorenzo los miraba á todos; y advirtiendo el desinterés con que cada uno lo fué regalando con ropa sumamente lujosa, no hallaba cómo demostrar su agradecimiento, por lo que se limitó á decirles: Señores, amigos y compañeros, ó más bien dicho, hermanos míos, nada tengo, nada valgo; mas lo único que poseo, que es mi existencia, la ofrezco gustoso en favor de nuestros comunes intereses. ¡Vivan los Hermanos de la Hoja! — ¡Vivan! repitieron todos á la vez, dándole fuertes abrazos y ayudándole allí mismo á vestir la ropa que le regalaban, embromándolo y llenos de buen humor.

Mientras que esto pasaba en el interior de la casa, el cuadro que veía en los jatos no era menos digno de celebrarse; pues los arrieros de los contrabandistas también calificaban á Simón, su nuevo compañero, haciendo con él tales ensayadas y pruebas, para ver si sabría guardar un secreto y ser resuelto, que poco faltó para que quedara en ellas: le dieron culebra, caballo, manta y cuanto les ocurrió; por lo que satisfechos, hicieron lo mismo que los amos proporcionalmente, vistiéndolo con el traje propio de ellos y llevándolo entre filas, se dirigieron para la casa á presentarlo á sus amos.

Ya estaba acabado de vestir Lorenzo, cuando vió entrar á Simón acompañado de otros diez hombres, muy estorboso, con sus calzonerías y algodón de venado, pechera, rodilleras, manguillos, zarape al hombro, tapaojera al brazo y sombrero

poblano, todo nuevo, retorciéndose de cuando en cuando del dolor de las contusiones, que tenía en las costillas. — ¿Qué tal? preguntó Pepe al que hacía cabeza de la comitiva. — ¡De ley, señor amo! ya es nuestro aparcerero, y mírenlo sus mercedes aparejado. — ¿Lo impusieron de sus deberes y prerrogativas? — Sí, señor, y nos ha dicho que su amo es su padre y su madre, y que lo seguirá hasta el quinto infierno. — Y lo repito, dijo Simón, porque así es la verdad.

— Pues vamos al juramento, para seguir con el bautismo; fórmense.

Todos se pusieron en derredor de la pieza quitándose los sombreros, extendieron el brazo derecho, haciendo con la mano la señal de la cruz.

— Lorenzo Cabello, dijo Pepe con tono solemne, ¿juras por lo que tengas de más sagrado en el mundo, ser fiel observador de nuestro compromiso, que se reduce á que haciendo intereses comunes seamos verdaderos hermanos, interesarte por las familias de los que sucumban, tanto de ellos como de las de nuestros dependientes, para que jamás sean víctimas de la indigencia; en una palabra, ser *todos para uno, uno para todos*?

— Lo juro, contestó Lorenzo con voz arrogante, por el amor de mi padre, que es para mí lo que más aprecio y venero en este mundo.

— Y tú, Simón Correa, ¿juras ser fiel, servicial y hombre de bien? ¿Jamás confesar quiénes son tus amos y compañeros, dónde viven, cómo es su verdadero nombre, ni nada que comprometa la tranquilidad de las familias, aunque tu silencio te cueste la vida?

— Sí, señor amo, lo juro y retejuro, nunca diré, esta boca es mía, aunque me despellejen vivo.

— Y en un caso desgraciado, en un fatal encuentro, ¿te decides, Lorenzo, á parecer primero que dejarte despojar, sea cual fuere el número de enemigos, su posición y sus ventajas?

— Moriré matando, pues á todos nos obliga defender los intereses, y sobre mi cadáver pasarán los que quieran apropiárselos.

— Y tú, Simón, ¿qué dices? — Que soy el cachorro de mi amo y moriré á su lado tirando pelotazos.

— Pues siendo todos fieles á nuestros juramentos, seremos fuertes, nunca visitará á nuestras casas la miseria; en los intereses de todos está fundado el futuro bienestar de todos, y sólo con la muerte podremos separarnos de nuestro solemne compromiso, ¿lo ratifican, señores, *Todos para uno, uno para todos*? — Sí, sí, sí, respondieron unánimes. — Pues, ¡vivan los Hermanos de la Hoja! ¡Vivan los Charros Contrabandistas de la Rama como también nos dicen! — ¡Vivan, vivan! contestaron todos llenos de júbilo y entusiasmo.

— Lorenzo, continuó diciendo Pepe, para más evitar una delación, acostumbremos no darnos á conocer con los cosecheros y demás personas extrañas con nuestros propios nombres, sino que por precaución nos bautizamos con cualquiera otro que lo sustituya; en esta inteligencia, ¿cómo se quieren llamar?

Al instante de responder, se le vinieron á la imaginación as palabras de su padre, meditando que esa precaución era una astucia y queriendo perpetuarlas, dijo maquinalmente: ¡Astucia y Reflexión!

— Esos serán sus nombres, dijo Pepe. ¿Quién los apadrina? — Yo, respondió Alejo tomando á Lorenzo de un brazo. — Y yo, replicó un arriero, haciendo lo mismo con Simón.

Tomó Pepe un lebrillo que allí estaba prevenido, le tiró el gollete á una botella de catalán, y obligando á Lorenzo á que agachara la cabeza, le dijo con sorna y chocarrería, á tiempo que le humedecía el pelo con aguardiente: *Astucia, yo te bautizo en nombre de los Hermanos de la Hoja, á quienes desde este momento perteneces*. Y en prueba de nuestra sincera hermandad, te abrimos los brazos para estrecharte contra nuestro corazón. Muchachos: ¡viva el amo Astucia! ¡Viva! gritaron todos muy contentos; y después de enjugarse la cabeza, á todos y cada uno fué abrazando con muestras de cordialidad. De la misma manera fué bautizado Simón, aunque con más formalidad; pues el arriero de Pepe, llamado el Chango, le bañó la cabeza al ahijado hasta vaciar completamente la botella, poniéndole por nombre Reflexión, victoriándolo y abrazándolo sus compañeros, á imitación de sus amos.

Luego que esto concluyó, apareció una criada con un gran canastón de bizcochos y queso, y otros criados con botellas de

vino y licores pusieron el refresco en la mesa : tomaron algo los hermanos repitiendo sus brindis, y se salieron al corredor al fresco de la luna á fumar, mientras los arrieros dieron fin con el repuesto, retirándose para su jato muy contentos, siendo *Reflexión* el objeto de su alegría, armando su fandanguito hasta bien tarde.

Después de terminadas las ceremonias de estilo, cuatro hermanos continuaron jugando malilla, mientras que Astucia, conducido por el Charro, se internó en la casa, para que fuera el recién llegado á hablar á su esposa Mariquita y darle el abrazo de hermana ; lo que á más del aprecio con que se trataban, estrechó sus relaciones y confianza : á buena hora todos cenaron en familia y se retiraron á acostar.

Al otro día quiso el Charro celebrar el ingreso de su nuevo hermano, suspendieron su marcha, mandó arrimar una manada para jaripear, y algunas reses para colear : Mariquita les dispuso un almuerzo campirano de barbacoa, enchiladas, nata y otros manjares apetitosos ; y como jóvenes, pues el de más edad que era Chepe botas, tenía como cuarenta años, se divirtieron y travesearon á su entero gusto, singularizándose siempre entre los amos, Astucia, y entre los arrieros, el muchacho *Reflexión* ; porque tanto uno como otro eran incansables, livianos y atrabancados, pues siempre juntos se habían ejercitado y algunos buenos reatazos le aplicó Lorenzo á Simón para enseñarlo á travesear, hasta que consiguió que le fuera útil para cuanta diablura de esas le ocurría. Después de comer les impidió su diversión un aguacero que cayó : á propuesta de Alejo se salieron al corredor á tomar el café mirando llover, después que estuvieron recordando los lances y ocurrencias de la mañana : todos unánimes le concedieron á Astucia el primer lugar, tanto en el manejo de la reata como en la agilidad y maestría en sortear un toro bravo, en colear y en manejar un caballo, para lo cual le ayudaban sus veinticinco años, buen cuerpo, mucha pujanza, arrojo y sobre todo el continuo ejercicio y dedicación con que se estaba días enteros sin comer, encaprichado en burlarse de la ferocidad de un toro, hasta vencerlo ó hacerlo huir de su presencia.

— Volviendo á otra cosa, dijo Alejo, por estar distraídos en

las traveseadas, se me había pasado preguntarte, ¿ cómo arreglaste el negocio con tu padre ?

— Hombre, estuvo el lance muy comprometido y por una nada todo se me trastorna ; pues unas ardientes lágrimas de mi padre, que sentí caer en mi rostro, me sacaron de quicios, me enloquecieron, yo no sé lo que en aquel momento me sucedió, pues resueltamente me propuse no venir ; y han de estar vdes., que antes de llegar á mi casa, percibí á mi señor padre encumbrado en el divisadero, apuré á mi macho, y conté todos los pormenores que sabemos, los consejos y cuanto ocurrió, terminando con el encargo de no olvidar que *con Astucia y Reflexión se aprovecha la ocasión*, agregando que esa advertencia le había sugerido la idea de sólo andar de noche para evitar el encuentro de algún conocido y no dar que sospechar á nadie ; y que por esa razón, al bautizarse, no teniendo algún nombre que ponerse, le pareció perpetuar ese consejo y se quiso llamar Astucia.

No dejaron todos de enternecerse y al mismo tiempo afirmarse más en el buen concepto que tuvieron de su hermano, como en el respeto y honor que D. Juan se había sabido ganar por su formalidad y honradez.

Quando hubo terminado esta conversación, tomó la palabra Pepe, diciendo : Tiene mucha razón tu padre, Astucia, ó más bien dicho, el nuestro ; pues esas sentenciosas palabras no carecen de fundamento, y yo quisiera, si á vds. les parece, que arregláramos nuestra asociación en toda forma : llevamos ya más de sesenta mulas, un verdadero hatajo en alto grado, el capitalito que volteamos es regular, y prevenidos podremos salvarlo con más facilidad. Nombres un jefe que nos dirija, discurremos un poco ; porque la fuerza puede llegar el día que nos la vengan con triplicada fuerza ; evitemos en lo posible los lances ; porque cualquiera pérdida por parte nuestra, no es de fácil reparación, mientras que las que ocasionemos á los sabuesos, cada baja la cubrirán con cuanta gente quieran ; y adonde nos pongan la puntería, cada rato nos han de traer al retortero. — Eso es muy cierto, dijo Chepe, con *Astucia y Reflexión se aprovecha la ocasión*. — Pues comencemos por nombrar un jefe, á quien obedeceremos ciegamente ; y yo por mi

parte creo que Pepe, como Diablo, desempeñará bien su encomienda. — Yo estoy por Chepe botas, continuó diciendo el Tapatío, es el más viejo en el giro, el mayor en edad, en saber y gobierno. — Ni piensen en eso, contestó Chepe, cuanto más viejo soy, me voy embruteciendo más; yo, no siendo para cuidar mulas y esperar á pie firme á los sabuesos para cazarlos al vuelo, maldito lo que discurre, es más á propósito Alejo, Astucia ó cualquiera otro de vds.: yo soy de mándame y te serviré.

— Pues para quitarnos de disputas ni excusas, que decida la suerte, dijo Alejo, haremos una rifa, y al que le toque se amuela, dándonos todos por satisfechos. — Corrientes, respondieron todos. — Cada uno de vds. marque un peso y échelo en este sombrero, dijo Tacho Reniego, miren quién va á decidir, esta preciosa güerita que viene en seguimiento de su tata y en solicitud de un cariño. Juntó los pesos, los revolvió, meneando el sombrero y arrimándose á la niña (una criatura de cuatro á cinco años, hija de Alejo) le dijo: Saca de ahí un peso, chula, y dáselo á tu papá. Metió la manecita, tomó el que le pareció, y se lo entregó á su padre muy ufana. Todos guardaban un profundo silencio; lo revisó Alejo, y preguntó lleno de gusto de que no fuera el suyo: ¿Cuál fué tu marca, Pepe? Un dientazo junto á la cabeza del águila. ¿Y la tuya, Chepe? Es un peso falso que le coloradea el cordón. ¿Cuál es tu señal, Astucia? Una cruz rayada con la piedra de lumbre en el Gorro de la libertad. — Pues ya no más cansarse, ¿es éste? — El mismo, respondió Astucia con tristeza y demudado. — ¡Viva nuestro jefe, dijo Tacho! mereces tu gala, primosora; y alzando á la niña, la besaba contentísimo: cógete esos pesos, mi alma, y véte á jugar con ellos. La chiquitilla no se quedó por corta; y tomándolos, salió corriendo, sonándolos y gritando: ¡Mamá, mamá! ya tengo muchos pesos que me ha dado mi tío Tacho, mire vd., mire vd. Todos estaban llenos de júbilo, mientras que Astucia, con semblante serio, decía: ¡Eso es imposible, hermanos! Yo no puedo, no debo conformarme con esa elección.

— Todos hemos corrido el riesgo, hermano, replicó Pepe: nos hemos sujetado á la suerte, y lo dicho, dicho; serás nuestro

jefe, mal que te pese, no somos niños. — Pero, hombre, ¿cómo quieren vds. que yo pueda cumplir con un encargo tan delicado, cuando estoy á ciegas de todo, no conozco el camino que vamos á andar, ignoro cuáles son los parajes de más riesgo, los puntos de salvación, las estratagemas del enemigo; en fin, una mala disposición mía por la falta de conocimientos ó de experiencia, va á ponernos en un duro compromiso, á exponer nuestros intereses, y todo se lo lleva Judas.

— Eso no te dé cuidado, dijo el Tapatío, á todos nos va en el gallo: te daremos luces, te ayudaremos en todo, y no nos hagas tan blanditos, que conociendo algún riesgo nos dejemos conducir como borregos sólo por obedecerte; te advertiremos el peligro y evitaremos esa desgracia que te supones.

— Además de eso, hermano, continuó diciendo Pepe, no hemos querido tener un jefe para que sobre él pese sólo el trabajo de librarnos; sino para que llevando la voz, sea el que se entienda con los extraños y delante de ellos le demos más respetabilidad á nuestra sociedad. Ninguno más á propósito que tú, que tienes un personal, á la vez que simpático, imponente, no eres nada tonto y reglamentando nuestros trabajos, puedes dedicarte con más empeño á la reflexión, ya que eres Astucia, para reunir ambas cosas con que todos podamos aprovechar la dicha ocasión. — ¿Qué dicen vds.?

— ¡Que viva Astucia nuestro jefe! gritó Reniego. — Sí, sí, ¡viva Astucia! repitieron los demás, no se admiten chicanas. — No hay tu tía, dijo Chepe botas, aquí no entendemos de excusas. ¡Viva el jefe de los Hermanos de la Hoja! y palmoteaba frenético, imitándolo los demás. — ¡Por amor de Dios, hermanos, chispente este lazo! — O cabreasteas, ó te ahorcas, hermano: ese lazo te lo echó la suerte, y de ésta y la muerte no hay quien escape, replicó Alejo; te tocó la renegada y no hablemos más del asunto. ¡Pícaro será el que haga caso de tus alegatos!

— Pues, hermanos; en el supuesto de que no les convencen mis razones, les advierto que si por desgracia hago alguna torpeza, no crean que es porque descuide mi deber, sino que mi corta capacidad y... — Ya dije que será un pícaro el que atienda tus excusas, y ahora agregó que también lo será el que

hable más de este negocio. — ¡Viva nuestro joven jefe, nuestro planchado charro el contrabandista Astucia! — ¡Viva por siglos eternos, amén! agregó el Tapatío.

Convencido Astucia, de que llevaba el pleito perdido, no tuvo más que resignarse y comenzar á ejercer su encomienda. — ¿Les parece á vds., preguntó, que para reglamentar nuestras cosas, nombremos unas comisiones y se repartan los trabajos? — Corrientes, contestó Pepe, haz lo que te parezca.

— Tú, Alejo, serás el tesorero y comisario, recoge los fondos, corre con los gastos y no economices ni la pastura de las mulas, ni el rancho de nosotros. — Corriente, dijo Alejo, serás obedecido. — Chepe botas, tú serás el mariscal de campo: pasa revista á los chinchorros, á su jato, que todo esté listo, completo y en buen uso; pues formando todos un gran hatajo, á más de la atención particular de cada uno, necesitan esas mulas de la vigilancia directa de un hombre como tú.

— Me has dado en la mera mera, porque eso es mi mole; en estando con las mulas, no me acuerdo ni de la madre que me parió.

— Tú, Tapatío, serás explorador; y adelantando una regular distancia, te llevas uno ó dos arrieros para dar aviso oportuno, nos vas dejando en puntos determinados algunas señales convenidas, y así iremos caminando con más confianza.

Tacho, tú serás vigilante de la derecha, Pepe de la izquierda; y yo cubriré la retaguardia, mientras que Chepe y el Charro arreean y los arrieros sólo había, relevándonos todos en cada viaje, en las molestas comisiones; por supuesto á la hora del trabajo no hay amos ni criados, jefe ni subordinados, cada cual se pega á su chinchorro, y adelante. Respecto de un lance, es necesario reglamentarlo también para no hacernos bola, y que mientras unos tiran chincharrazos, otros arreen; en fin, ya combinaremos nuestros planes de ataques y defensas.

Vds., de vacío, ¿corren algún riesgo? — Ninguno. Transitamos por parajes de mal piso, pero seguros, dijo Alejo. — ¿Cuándo es la marcha? — Mañana, Dios mediante. — Pues yo voy á ganar tiempo, y partiré dentro de una hora, quiero cogéles la delantera y reconocer el terreno.

— Para eso no es necesario que te desveles, puedes madrugar,

y picando tantito, cuando lleguemos á Huamantla, ya tendrás cuatro ó cinco días de esperarnos.

— Sin embargo, deseo ir con espacio mirando todo, visitar poblaciones, y si se ofrece abocarme con los *sabuesos*, comerles el trigo; en una palabra, recoger cuanto pormenor pueda sernos favorable para poner en juego nuestra astucia, y necesito que alguno de vds. me acompañe, para que pueda darme instrucciones y me ayude á desarrollar mi plan. ¿Quién es el mejor conocedor del camino? — Hombre, dijo Alejo, que te acompañe Pepe, que sabe hasta dónde penan las ánimas; y como ha sido quien hacía de decano conoce á todos por ahí, y ninguno mejor podrá darte cuantos antecedentes necesites.

— ¿Y qué papel será bueno representar para ir de incógnitos y no dar en qué maliciar?

— Eso es muy sencillo, respondió Pepe, iremos jugando al amo y al criado. Tú harás el papel de hacendado rico, y te presentará muy planchado; yo de mozo de estribo, vestido de cuerudo: nos llevaremos á Simón y al Chango con dos mulas de avío y caballos de mano, el dinero suficiente en la petaquilla, ropa, etc. — Arreglados, dijo el Charro, cada cual á su destino y *Andando, que el sol se mete*: este era su refrán favorito. Traiganse sus dineritos para la tesorería, que Chepe forme su revista mientras que el mozo de estribo ensilla; y además, yo voy á mandar que dispongan la ropa y la cena del amo y sus criados, pues le ha dado la ventola de andar con la luna.

Todo quedó arreglado y listo en corto tiempo; y después de merendar, sacó Astucia un reloj de oro de dos tapas que le habían puesto pendiente de una bonita cadena que lucía sobre su chaleco nuevo, y dijo: No dilatan ya las ocho, por ahí les rezaremos á las ánimas su plegaria: vds. vean lo que mandan. Siento dejar tan amable compañía, pero las atenciones y asuntos de importancia me privan de tan grata satisfacción: no teman vds. que me acontezca ningún contratiempo, porque tengo pacto con el diablo, él será mi guía; y con semejante compañero no será difícil que vaya á echar un volteadito hasta el infierno. Se despidieron, y á poco rato salía Astucia con lujoso traje de camino, montado en un excelente caballo retinto; Pepe de cuerudo, en otro de no menos calidad; Reflexión estirando otros dos

caballos encamisados; y el Chango, arriando dos hermosas mulas cargadas con el avío, almofrés, etc., montado en otra bonita mula, todos perfectamente armados. A las seis de la mañana del día siguiente también marchaban los demás, dejando al Rancho de San Rafael en el más profundo silencio.

Ya tenían un buen trecho andado Astucia y sus compañeros, cuando hirió sus oídos el triste tañido de la campana que daba en el pueblo el toque de ánimas. — Oye, Pepe, con estos toquidos recuerda que eres mortal, y alguien tal vez demanda tus oraciones; echa á un lado lo diablo y dirijamos nuestras plegarias por el eterno descanso de las ánimas: ¿ó de veras eres tan diablo que no tengas á quien encomendar tu suerte?

— Respecto de eso, como cristiano le respondió, tengo mis afectos favoritas; le debo muchos favores á Dios, y no dudo el haberlos alcanzado por la poderosa intercesión de su Madre Santísima que, bajo la advocación de los Dolores, de Orizaba, le tengo mucha devoción: á ella le dirijo mis oraciones, y confiado en su amparo, en sus divinas manos tengo puesta mi suerte. — ¿Y tú á quién te diriges?

— Hombre, primeramente al amo Grande, al sagrado misterio de la Trinidad y su Divina Providencia, y luego á mi abogada la Virgen del Buen Suceso, sin perjuicio de orar siempre por las ánimas; conque si te parece no perdamos tiempo. — Serás obedecido; luego que acabemos de encumbrar este cerro, en donde existe una cruz de tradición bastante triste para mi descendencia, y algunos años se han de pasar para que se borren mil y mil tristes recuerdos de tanta víctima como ha costado la Independencia de México. Cuando estuvieron en el sitio indicado, llamado la Cruz manca, porque efectivamente tenía un brazo menos la que allí fabricaron de mampostería, se apearon, y con la mayor devoción rezaron la estación á las ánimas, y después continuaron su camino.

— ¿Cuál es tu triste recuerdo, Pepe, seré curioso?

— Ahí, en ese lugar, fusilaron las tropas del rey á un primo hermano de mi padre, á D. Quirino López, hermano de un D. Benedicto, que les dió mucha guerra por tus rumbos, y al fin fué arrastrado por todo Zitácuaro, hasta que hicieron su cuerpo mil pedazos. — Ya me ha contado mi padre de este lance, y si no

recuerdo mal, fué muy íntimo amigo de un D. Casimiro López, y eran compañeros inseparables. — Este de quien tú hablas fué mi padre, que ya lleva cerca de dos años de muerto. — Pues este será motivo más para que te quiera, Pepe; y el día que conozcas á mi padre verás cómo siente al tuyo: hace muy buenas ausencias de él, y basta que fueran ellos buenos amigos para que nosotros los imitemos. Y dándose un cordial abrazo, lo ratificaron con sinceridad.

— ¿Adónde vamos á parar, Pepe?

— Hombre, si quieres, podremos alargarnos hasta la hacienda del Rincón; pero como primera jornada, necesitamos no destroncar á los animales, por lo que será bueno quedarnos en Santa Rita, un pueblecito que está á medio camino y adonde podremos llegar, acortando el paso, á las siete ú ocho de la mañana; y volviendo á tomar el camino á las cuatro ó cinco de la tarde, nos va á amanecer á la Soledad, pues con sólo estos dos estironcitos ya les habremos sacado dos jornadas á los hatajos.

Pues ahora vamos á otra cosa, hermano: para que no se nos haga fastidioso el camino, ¿me quieres decir por qué te llaman Pepe el Diablo? ¿Qué te rebelaste contra algún dios de la tierra, ó has sido tan endemoniado que mereciste tal apodo?

— Hombre, casi casi las dos cosas me han sucedido; y aunque al hacer esos recuerdos a vivo el intenso pesar que constantemente me atormenta sin descanso, tendré el consuelo de comunicarte mi dolor para que me ayudes á sentirlo: en compendio te daré á conocer mi corta historia y originales aventuras; pero, si po tienes inconveniente, quisiera escuchar primero las tuyas para tener más tiempo de coordinar mis ideas. — Con mucho gusto, hermano, aunque son tan insignificantes que nada tienen de particular. Y contó su historia tal como ya queda relatada, desde que fué de pupilo, hasta que el comercio en que perdió su carga y el encuentro con Alejo en el huizachal de Jaripeo el Grande lo hizo comprometerse á ser *Hermano de la Hoja*. Entretuvieron así esa jornada, determinándose á parar en Santa Rita, en donde, después de almorzar y colocar bien sus animales, el amo y criado se tiraron á dormir hasta las cuatro de la tarde que continuaron su camino; y consecuente Pepe á su oferta, comenzó á referir su corta historia en los términos siguientes.